

## **The Permeating Murmur. Resistencias de lo poroso**

Es un susurro casi imperceptible, pero constante, que cala suave.

Una cadena de gestos inconscientes, repetitivos, mecanizados.

Movimientos que ejecutamos sin pensar y se instalan en el cuerpo como hábitos, ritmos heredados o coreografías invisibles.

¿Hacia dónde llevan? Tú decides. Afina la escucha.

El murmullo de voz ofrece una disyuntiva: la tentación de la inmortalidad o conservar la memoria y la condición humana.

Entre gesto y gesto, un vacío.

Una silla en equilibrio.

Un tronco que dibuja un movimiento imposible.

\*\*\*

*Murmur* es murmullo en inglés, pero se pronuncia *mar-mar*.

El mar que permea, penetra, desborda, se mezcla.

El mar como origen y final de todo.

Incontenible e incontrolable.

Cualquier cosa que se inicia lleva inscrita su extinción.

¿Aceptas tu vulnerabilidad como acto de resistencia?

\*\*\*

Rrrrrr

Sssshhh

Ummmmm

\*\*\*

Agua.

Es el medio para la creación, la hibridación y la transformación.

Un cuerpo siempre cambiante, que vincula tiempo y materia.

Fluir, mutar.

Somos cuerpos de agua que transpiran y se conectan con el mundo.

Líquido amniótico donde crece el embrión.

Hábitat en el que el ADN humano se funde con el de otros seres para resistir, reproducirse, adaptarse y sobrevivir.

Y si desaparece, ¿deseamos seguir existiendo?

### ***The Permeating Murmur***

Un murmullo abstracto e incesante es el eje del recorrido de la exposición de Rosana Antolí, dividido en tres partes que avanza, pausa y se repliega según sus derivas, como una marea. Un murmullo que se filtra y afecta lentamente al cuerpo del espectador, atravesándolo por cada poro de su piel. ¿Qué transmite ese bisbiseo continuo? La respuesta es tan resbaladiza como profunda: interrogantes y meditaciones sobre la vida, la muerte y la forma de relacionarnos desde nuestra preciosa y frágil condición humana.

La muestra se abre con atención a los micro movimientos que organizan la vida diaria. Secuencias corporales periódicas ejecutadas de manera casi automática y rutinas funcionales hechas sin conciencia plena. Desde esta perspectiva, la repetición atraviesa el cuerpo y lo vincula a un orden productivo, tecnológico y temporal que implica una forma de alineación con el ritmo del entorno. Por un lado, ofrece certidumbre y continuidad, por otro, erosiona la presencia y diluye la capacidad de decidir. La tensión entre estabilidad y caída se muestra de una manera física en las obras objetuales de Antolí, donde la desviación, el desequilibrio y la imposibilidad de completar un desplazamiento, introducen pequeñas grietas en el orden de lo predecible. Hablamos de cuerpos escultóricos que se rebelan mínimamente contra la maquinaria de la repetición. En *Coreografías en suspensión*, diversos objetos parecen anticipar un movimiento improbable. Entre ellos, un tocón de árbol colgado, dibuja una línea que puede leerse como rastro o como deseo de vencer la inercia. Arrancado de la tierra, se orienta hacia el cielo mediante una acción, exenta de utilidad, que desafía la expectativa de peso, función y destino.

La extensión de lo performativo a otros cuerpos, así como un tipo de resistencia muda, continúa en *Everyday Symphonies, My Daily Objects Movements*, un taburete de cuatro patas que permanece en balance, anclado en una duración indefinida gracias a una piedra en uno de sus apoyos. En la superficie de su asiento, una serie de trazos pictóricos azules y circulares, registran los movimientos cotidianos del trabajo de la artista en su estudio. Son los gestos diarios que han dejado su huella a lo largo del tiempo y que dibujan una sinfonía centrífuga donde la piedra marca una detención, un silencio. La roca, como en tantas de sus obras, es un testigo callado de los acontecimientos, pero aquí, también es un elemento que sostiene la diferencia.

En la serie de vídeos *Virtual Choreography*, el movimiento se traslada al cuerpo humano. Rosana Antolí trabaja con habitantes de distintas ciudades para registrar gestos cotidianos repetidos durante un minuto, en un guiño a las esculturas de dicha duración de Erwin Wurm. Al eliminar el rostro, la artista desplaza el foco desde la identidad individual hacia el fragmento corporal descontextualizado de una secuencia. La pantalla actúa como un dispositivo de abstracción que despersonaliza el cuerpo y lo convierte en portador de una pauta compartida; se vincula de forma directa con un sistema de organización más amplio, asociado al entorno digital y al régimen de producción capitalista. La repetición prolongada produce un extrañamiento; aquello que normalmente se ejecuta sin atención, comienza a revelarse como una forma impuesta o naturalizada. Los participantes descubren que no recuerdan cuántas veces realizan ese movimiento al día. La acción se ha integrado hasta el

punto de desaparecer de la conciencia y convertirse en un mecanismo de automatización. Al ser abstraídos y periódicos, estos gestos revelan su condición de códigos culturales, de coreografías sociales que estructuran nuestra vida diaria. En este proceso de digitalización, el cuerpo pierde ciertas acepciones —género, edad, estatus— y se convierte en archivo vivo de una comunidad. El gesto se vuelve contagioso, replicable, reproducible.

Esta lógica de la repetición conecta con *Instructions of the Immortal Jellyfish*, una obra clave en la que Antolí entrelaza la coreografía social con la figura de la *Turritopsis dohrnii*, la medusa inmortal. Capaz de revertir su ciclo vital y regresar a un estado inicial, la medusa encarna el *loop* perfecto: regeneración sin memoria, movimiento sin conciencia, inmortalidad sin experiencia. El vídeo lleva el método de la réplica hasta sus últimas consecuencias y plantea al espectador una disyuntiva: permanecer humano o entregarse a la repetición infinita propia de la medusa. La voz susurrante de la pieza insiste en la desaparición de la sorpresa, de la expectativa, de la inquietud. Un mundo donde no es necesario pensar ni cuestionar porque todo se repite de forma idéntica. «We need to lose agency», afirma. La pérdida de agencia se formula como una solución de alivio e inmortalidad. Olvidar se vuelve imperativo y la compulsión de repetir sustituye a la necesidad de recordar. Al renunciar a la memoria y a la toma de decisiones humanas, el cuerpo alcanza un estado de *loop* permanente, liberado de la carga de la duda, el error, la finitud y el conflicto. La consecución de gestos se convierte en un movimiento constante, en un fluido que, como el agua, deviene un archivo planetario de significado y materia, con huellas de lo que ha atravesado, aunque no siempre sea capaz de recordarlo.

\*\*\*\*

En el segundo estadio, el agua lo invade todo y prevalece como condición material y conceptual desde la que repensar el cuerpo, el tiempo y la relación con el mundo. Su presencia ayuda a articular a una experiencia fundamental: el intento, siempre fallido, de contener aquello que nos constituye. Cualquier ilusión de solidez, comienza a disolverse. La escultura *A Tube Under the Sea* es una forma tubular en cuyo interior hay una muestra del océano, un fragmento eterno de movimiento que contiene la memoria de un tránsito. Encierra vidas y tiempos; es un registro material de afluencias y mareas. Fibra de vidrio, resina, cobre, arena y agua del Mediterráneo se combinan para capturar un flujo en contra de su naturaleza expansiva. El Mediterráneo actúa como espacio de resonancia, donde confluyen corrientes biológicas, filosóficas y simbólicas: lugar donde fue hallada la medusa inmortal, donde Nietzsche formuló la idea del eterno retorno, donde múltiples historias y temporalidades se superponen.

Con un mismo propósito, pero mucho más emocional y humanista, el vídeo *I Will Give You the Sea* se construye a partir de la acción imposible de dar el mar. Medirlo, empujarlo, hacerlo pasar por tubos, canalizarlo, contenerlo dentro de los límites del propio cuerpo. La escena se inicia con una lógica analítica, casi técnica, que remite al deseo humano de organizar, cuantificar y dominar aquello que excede toda escala. Sin embargo, pronto se hace evidente que el agua no obedece. Se filtra, se escapa, desborda cualquier intento de captura.

El cuerpo, lejos de imponerse como contenedor, revela su condición porosa. Lloro, meo, sudo, expulso. El agua no entra ni sale de manera limpia: atraviesa el cuerpo convertido en lugar de tránsito. La pieza ensaya una manera de existir como agua que resuena con las reflexiones de Astrida Neimanis sobre el hidrofeminismo.

«Decir que mi cuerpo es un humedal, un ecosistema estuarino, que está surcado por afluentes de especies compañeras que anidan en mi intestino, que se extienden a través de mis dedos, que se acumulan en mis pies. Esta es una forma hermosa de reimaginar mi corporalidad. Pero una vez que reconocemos que no estamos selladas herméticamente dentro de nuestros diversos trajes de piel humana, ¿qué hacemos con este reconocimiento?»<sup>1</sup>.

En su discurso, la teórica se refiere a las enseñanzas que recibimos directamente como seres de agua: cuestiones sobre el flujo, la relación, la disolución de los límites, la manera en que todas cambiamos de forma o la falsa sensación de solidez y seguridad. La cualidad porosa y compartida del agua es un arma de doble filo, puesto que «no solo la potencialidad vivificante recorre nuestras vías navegables transcorpóreas, sino también lo es enfermedad, contaminación, inundación»<sup>2</sup>.

Y es que la pieza habla precisamente de esto, de la vulnerabilidad. El intento, tan utópico como bello, de contener el mar nace de una experiencia íntima: la obra fue concebida como una promesa dirigida a un ser querido ante la proximidad de la muerte. Ofrecer el mar es en un acto de entrega absoluta que aspira a acompañar al otro, siendo consciente de la fragilidad humana. Esta dimensión emocional no se presenta de forma explícita, pero invade toda la pieza. El texto que acompaña el vídeo es una suerte de poema susurrado que acaricia las imágenes. Aparece y desaparece, se repliega e insiste disolviendo líneas de separación entre tú y yo, entre interior y exterior, entre lo que se da y lo que inevitablemente se pierde. El murmullo permeable se identifica con la muerte, el fenómeno irrevocable que se activa desde que nacemos. El intento de dar el mar es un gesto de amor incondicional en el que el cuerpo se reconoce como parte de un flujo mayor, pero también es aceptar que hay aspectos existenciales —el tiempo, la muerte— que nos trascienden y escapan a nuestro control.

La estética sensorial y cálida de la pieza, que piensa el cuerpo desde la fluidez y la permeabilidad, dialoga con lo que Julia Morandiera ha descrito como una «potencial ontología marina»:

«sensualmente rica y eróticamente cargada; afectiva, se mueve y existe entre cuerpos; sin forma definida, llena espacios disponibles y se adapta de manera fluida a su contenedor; penetrante, puede infiltrarse en todas partes; fluctuante, se mueve entre ondas y olas como las señales electrónicas; modulable, oscila y vibra en un espectro de posibilidades; absorbente y asimilable, fantasea con amalgamas

---

<sup>1</sup> NEIMANIS, Astrida. En el podcast Undead Matter #4 Hidrofeminismo del permahielo <https://rwm.macba.cat/es/podcasts/undead-matter-4-hidrofeminismo-del-permahielo/>

<sup>2</sup> NEIMANIS, Astrida. *Hydrofeminism: Or, On Becoming a Body of Water* en «Undutiful Daughters: Mobilizing Future Concepts, Bodies and Subjectivities in Feminist Thought and Practice» Ed. Palgrave Macmillan. Nueva York, 2012. p.94

promiscuas; intensa, canaliza experiencias potentes; viscosa, produce fantasías de tactilidad y adherencia; densa, tangiblemente material y espesa; resbaladiza, da la apariencia de poder ser tocada pero no puede ser atrapada (...).<sup>3</sup>

El murmullo se vuelve más denso, insiste y permea, se materializa como una presencia que acompaña sin tregua la experiencia de vivir. El agua aparece como medio de conexión entre cuerpos y como recordatorio de la fragilidad. ¿Existe una manera de hacernos más fuertes? El tercer y último espacio propone una alternativa.

\*\*\*\*

Si existiera una fórmula para aumentar la resiliencia humana, es probable que se inoculase en un estado puente, todavía indeterminado, donde todo es potencia. La pieza *The Embryo* encarna precisamente ese momento inicial en el que algo está a punto de suceder, pero aún no ha tomado forma. Se trata de un organismo en fase de latencia, ni en movimiento ni en pausa, que coquetea con lo vibrátil y lo expectante. Está lleno de energía lista para distribuir.

La escultura remite a un cuerpo sin identidad firme, suspendido en un tiempo de espera. Ese «*in between, in becoming*» es clave en la práctica de Antolí que se interesa por aquello que todavía no se ha resuelto, pero insiste en existir. El embrión es una forma abierta a la contingencia, a la posibilidad del error, a la mutación imprevisible. El hierro, denso y pesado, se curva para dar lugar a una estructura orgánica que parece flotar a escasos centímetros del suelo. La elección de un material industrial para representar un cuerpo vivo introduce una fricción deliberada: lo rígido sostiene lo frágil, lo inerte aloja lo latente. La escultura permanece abierta, expuesta al entorno para completarse y situada en el suelo como un lugar de gestación fértil.

La idea de vida en un limbo y potencia contenida, se despliega de forma radical en *The Pond*, vídeo que presenta seres resilientes fruto de la fusión del ADN humano con el de los tardígrados, organismos microscópicos capaces de sobrevivir a condiciones extremas mediante un mecanismo límite: deshidratarse, suspender sus funciones vitales y entrar en un estado de hibernación. El relato sitúa al espectador en un tiempo posterior a una catástrofe apocalíptica y se narra desde la voz de las piedras, testigos silenciosos de todos los ciclos de vida y extinción. Los cuerpos híbridos —mitad humanos, mitad gusanos— despiertan poco a poco en un paisaje que no reconocen; la memoria previa —los colores, las formas, los olores— ya no coincide con lo que se presenta ante ellos. Al comenzar a desplazarse en el nuevo hábitat rojizo, los movimientos de los híbridos expresan desconfiguración y perplejidad. El mundo ha cambiado de forma irreversible y las referencias conocidas ya no sirven como anclaje. La identidad se vuelve inestable en ese desfase entre recuerdo y percepción, entre lo que fue y lo que permanece.

---

<sup>3</sup> MORANDEIRA, Julia. *Cuatro corrientes atlánticas*. en «Aún estamos vivos como hidrógeno y oxígeno» Ed. Comunidad de Madrid p.109

Las aguas comienzan a solidificarse y convertirse en espejos que condenan a los seres a la separación. Se impide el fluir, el tránsito, la mezcla. La desaparición del agua como medio compartido implica también la pérdida de aquello que vinculaba a los cuerpos entre sí. Sin porosidad, no hay intercambio. Sin líquido, no hay transformación.

¿Qué ocurre cuando las condiciones que permiten la vida, tal y como la conocemos, dejan de existir? Sin agua, no es posible revertir el proceso de los resilientes. La hibridación, que prometía supervivencia, se revela como un estado intermedio, vacío, carente de un sentido que resuene con lo anterior. Cuerpos que persisten, pero no saben cómo habitar el futuro. Ante esta situación, los híbridos toman una decisión extrema, pero consciente: intercambiar una existencia desoladora por muerte. Eligen la retirada progresiva y se arrastran por el terreno seco hasta el punto donde despertaron. Allí se reúnen con el resto de resilientes para deshidratarse de nuevo y suspenderse en una suerte de duerme vela. La salida es morar en un sueño de conciencia colectiva en el que todavía es posible el entrelazamiento acuoso. Juntos retroalimentan los ecos familiares de un pasado y vibración común. Son amalgama, nodo, núcleo tentacular preparado para resistir. Porque la resistencia también detención, repliegue y pausa. Los híbridos han sentido el color, el carácter y la forma en que les afecta el nuevo contexto, pero siguen conservando susurros de su identidad primera, de lo que fueron y podrían haber sido. Esa vida permeó en ellos y se oponen a un modo de existencia que no la contenga. Son seres porosos y quieren seguir siéndolo, a pesar de los límites.

La supervivencia biológica no garantiza la continuidad de la experiencia humana, de la misma manera que tampoco lo hace una inmortalidad a base de repetición. De nuevo, Antolí pone sobre la mesa que elegir la promesa de trascendencia, por muy atractiva que se presente, siempre conlleva una renuncia, un precio que no siempre estamos dispuestos a pagar. Quizá sea nostalgia o, simplemente, amor a la condición humana. El espectador, atravesado por los murmullos de la repetición, la porosidad del agua y la inestabilidad de la memoria, adquiere plena consciencia de su vulnerabilidad y de su esencia transitoria, al tiempo que la abraza y la pone en valor. *The Permeating Murmur* deja de ser una voz externa para convertirse en una resonancia interna. Cuando abandonamos la sala, algo sigue filtrándose, reverberando...el murmullo continúa.

Nerea Ubieta